

Vida violenta y vínculos sociales de urgencia: Bandas de barrios en Caracas y gangs en los ghettos americanos*

Yves Pedrazzini¹ y Magaly Sánchez R²

Resumen

Los autores de este interesante artículo plantean que ante la inexistencia de las relaciones primarias de socialización, emergen otros vínculos sociales de urgencia. Respetando las diferencias de origen y formación de un ghetto y de un barrio, resaltan en su análisis las dimensiones de los vínculos y las relaciones sociales comunes entre las bandas de los barrios caraqueños y los gangs de las metrópolis americanas.

Términos claves: Vínculos sociales de urgencia, bandas, gangs, Venezuela, EE.UU.

Abstract

The authors of this very interesting article point out the growth of social emergent links, necessary before the lack of primal relationships of socialization. Taking into account the differences of origin and development of a ghetto and a suburb, they show up in their analysis the dimensions of social links and relationships, common between bands of Caracas suburbs and the gangs of American metropolis,

Key words: Emergent social links, bands, gangs, Venezuela, USA.

* Este artículo es una adaptación de nuestro artículo *Bandes de Barrios et Gangs des Ghettos Américains. Vie violente et liens sociaux d'urgence in Sujet Acteur et Société en Transformations. Actes du Colloque International de Sociologie ARCI, Presses Universitaire de Perpignan, 1995.*

¹ Yves Pedrazzini. Sociólogo. Doctor en Ciencias (Arquitectura). Docente en el Departamento de Arquitectura. Investigador en el Instituto de Investigación sobre el Medio Ambiente Construido. Ecole Polytechnique Federal de Laussane. IREC.

² Magaly Sánchez R. Doctora en Sociología. Profesora Investigadora del Instituto de Urbanismo. Universidad Central de Venezuela. Actualmente Visiting Scholar en la University of Pennsylvania. USA.

Introducción

1. Denominaremos "gangs" las bandas de adolescentes de los barrios suburbanos y de los ghettos de las metrópolis americanas, con características que han sido ampliamente descritas tanto por la prensa como la televisión, y "bandas", aquellas de los barrios en metrópolis latinoamericanas, y de las cuales poco se conoce, sino es por los sangrientos clichés que sobre Caracas, Bogotá, Río de Janeiro o Ciudad México existen. Todas ejercen sin embargo una fuerte atracción sobre los jóvenes de las clases más desfavorecidas. Ellas son el paradigma según el cual hay que analizar la desestructuración urbana, la metropolización, así como la emergencia de una *cultura de urgencia*³ en los barrios populares.

Los autores de este artículo sobre la socialización de las bandas y de los gangs han trabajado a dos niveles. En lo que concierne al estudio de las bandas de Caracas, como resultado de una investigación de terreno durante un período de 7 años, entre abril de 1987 y enero de 1994 (y que debería continuarse). El método escogido ha privilegiado la encuesta participativa y la investigación cualitativa de tipo etnográfico, y el material ha sido recogido a través de numerosas horas de entrevista con habitantes de diferentes barrios, de los cuales más de veinte eran informadores privilegiados, que vivos o muertos agradecemos hoy en día.

En lo concerniente a los gangs americanos, negros e hispanos de los ghettos de Los Angeles, Chicago o New York, hemos trabajado casi que exclusivamente a partir de documentos escritos o filmados (trabajos de investigadores, de periodistas, películas, textos, rap, etc) y de los cuales se encontrarán las referencias al pie de página y en la bibliografía anexa. El término mismo de ghetto se toma aquí en referencia a la terminología común en los EE.UU. —más que aquella de *underclass*, que nos parece particularmente desvalorizante— y en analogía con el barrio, hemos preferido hablar simplemente de barrio o *neighborhood (hood)*.

Aclaremos sin embargo algunas ideas. El ghetto no es simplemente una entidad topográfica o una agregación de familias e individuos pobres, sino una forma institucional, históricamente determinada, espacialmente basada en la concatenación de mecanismos de control y encerramiento etnoracial. (Wacquant 1991). Dicho de otra forma, el ghetto es una formación etnoracial que combina e inscribe en la objetividad de un espacio y grupo específico, instituciones con las cuatro mayores formas de dominación racial, prejuicio, discriminación, segregación y violencia excluyente. (Wacquant. 1995).⁴

³ Sobre la Cultura de Urgencia, ver: Y. Pedrazzini y Magaly Sánchez R (1989; 1990; 1992) y M. Sánchez e Y. Pedrazzini (1993). La cultura de urgencia es el conjunto de prácticas, valores, reglas, normas, nacidas de la urgencia y de la situación de desestructuración urbana en Caracas.

⁴ Sobre el tema del ghetto, ver la contribución de L. Wacquant en el presente número.

Por otra parte los barrios autoconstruidos, son territorios de vivienda de población y de actividades, supuestamente "informales", "no legales", en los que viven más del 60% de población en cualquier metrópoli latinoamericana. Los barrios han logrado legitimarse socialmente, tanto por sus procesos históricos de consolidación, como por la imposibilidad del Estado, de responder al problema de vivienda planteado. En la actualidad, si bien es cierto que la mayoría de los territorios de barrios, contienen los sectores de población con menos recursos, ellos no son homogéneos socialmente. Se encuentran en ellos estratos sociales diferenciados.

De la misma manera, más allá de hablar de *gagster*, que tiene una connotación mafiosa para designar los miembros de un gang, hablaremos a veces de *gang-bangers*, según la terminología que ellos utilizan a sí mismos, o *homeboys*, como se les llama normalmente de manera menos peyorativa.

De hecho, tanto la distancia metodológica, así como las diferencias de origen y de formación tanto del barrio como del ghetto, nos limita en las posibles comparaciones entre las realidades americanas y venezolanas a las cuales nos referiremos en este texto. Pero igual pensamos que las metrópolis del mundo entero por muy diferentes que ellas sean, plantean en conjunto una sola problemática, la del devenir del hombre urbano.

Por lo tanto más allá de un estudio comparativo de las bandas del norte y suramérica, trataremos entonces de evaluar la dimensión del vínculo y de las relaciones sociales "comunes". Estudiando lo que pasa con los miembros considerados habitualmente como los más "desvinculados" de la sociedad, se llega a comprender, lo que por el contrario los vincula de manera más esencial, fundamental "al otro", en la amistad o en el odio, conoceremos así la esencia misma de lo social, que cualquiera que sea la manera de verlo, es el hecho de vivir con el otro, aquí y ahora.

2. Se busca comprender el actual poder de atracción que ejercen las bandas del barrio sobre los jóvenes adolescentes en Caracas, como en los Angeles o en New York. Esta atracción fatal, no se podrá explicar sólo por los factores económicos, la desestructuración del cuadro familiar, la socialización de la calle o las necesidades de la cultura de urgencia. Si tantos jóvenes se incorporan a las bandas con el riesgo de perder su vida, es porque también hay una "oferta" a nivel del modo de vida (de *estilo de vida*, diríamos si estuviéramos seguros de no darle a las cosas graves un aspecto superficial y *escogido*), la oferta de una cierta *calidad de vida* en un contexto bien marcado por "la urgencia" definida como hecho social total.

Lo que seduce en las bandas, en una época en la que la sociedad navega en "las heladas aguas del cálculo egoísta" (como lo diría Marx), es justamente el vínculo de solidaridad total que une los miembros de una

banda, incluso más allá de la muerte (venganza). Si bien es cierto que la cultura de urgencia está determinada por la crisis y la voluntad de sobrevivencia, la cultura de urgencia es una cultura que no tiende al individualismo. Incluso el *malandro viejo*, (ladrón de casas y de carros) autónomo en la acción, es un ser profundamente comunitario: su sobrevivencia depende de la integración en el barrio y de la simpatía que tiene con los habitantes del barrio.

En cuanto a las bandas que aterrorizan un barrio, si bien sus miembros parecen mucho menos preocupados que el *malandro*, en mantener buenas relaciones con el vecindario, ellas son una forma de expresión colectiva de la cultura de urgencia; conocen una forma de solidaridad total, al menos en el interior de la banda, hasta que una divergencia de opinión divida el grupo tan radicalmente como la acción que pudo reunirlos. Es igualmente la calidad de ese vínculo social de urgencia el que nos interesa acá.

Los *gangs* en los Estados Unidos y las *bandas* en Venezuela, se han convertido en un paradigma a través del cual proponemos entender la metrópoli y su cultura de urgencia. Los *gangs* de Chicago, Los Angeles o New York presentan grandes diferencias entre ellos, pero sobre todo con las bandas tropicales, de las que la versión venezolana nos es la más familiar.

Los *gangs* son asociaciones de jóvenes *homeboys* de los barrios suburbanos y urbanos de las grandes metrópolis americanas, cuyos atributos exteriores más característicos han sido ampliamente difundidos por la prensa y la televisión, tanto en el dominio de la actualidad como de la ficción. La guerra entre los Crips y los Bloods en Los Angeles, hasido ciertamente el más comentado en los Estados Unidos, que la guerra entre croatas y serbios. La gorra de baseball, las mallas de basket, los zapatos de sport hacen el resto, las pintas de ganster son adoptadas hoy en día por millones de adolescentes en el mundo, sean negros, mestizos o blancos, incluso suizos y de clases superiores. Un estilo a lo *gangster* no compromete al que lo adopta tener que llegar también a la imitación del Smith'n Wesson. Cuando se está entre los 13 y los 20 años, se tiene forzosamente "algo del South Central"...

Por el contrario, de las bandas de barrios se sabe casi nada en Estados Unidos o en Europa, y sólo algunos clichés sangrientos en Caracas. Una vez más, las desigualdades son enormes. Los medias se interesan en los *gangs* de los países desarrollados, y de entre ellos a los más capaces de impresionar a la audiencia televisiva. Los otros mueren en silencio, el deseo concentrado al interior, reventando al final como una úlcera. De los países del Tercer Mundo, se difunde una imagen global buscando confirmar una barbarie colectiva: los narcos, los bandidos de las favelas y de los barrios, los niños de la calle, los disturbios de hambrientos,

los linchamientos, los escuadrones de la muerte, los políticos sospechosos escapados a Miami o cayendo bajo las balas de un sicario, revolucionarios barbudos...

Esta reflexión —que no es sino un primer esbozo de la antropología de la metrópoli a la cual habrá que aplicarse para ofrecer más que una caricatura de gangs y de bandas— es una tentativa para liberar la problemática del campo de la criminología. Pero si se trata de sociología hay que cuidarse de estudiar las bandas, los malandros con la ayuda de un manual de sociología antigua.

Nuestra sociología, frente a esas cuestiones que son nuevas, debe ser una sociología que innove, bien que ese término no fue tomado en su significado habitual (es decir limitado a los fenómenos que prometen un progreso, un desarrollo, ver incluso una mejora de los habitantes) sino solamente en el sentido del hecho nuevo.

¿Qué es lo que debería de ser una sociología de la innovación, sin un apriori ideológico? El estudio de las *especies en vías de aparición*⁵. En Caracas, las bandas de adolescentes, los niños de la calle y los “nuevos” malandros son —para bien o para mal— de esta especie. Pero como la innovación ha sido desde hace tiempo ya, colonizada por los tecnócratas liberales y socialistas y poco a poco ha tomado ese tinte horrible que tienen las palabras de empresarios rompecrisis, no emplearemos más ese término. Dejaremos las innovaciones a Wall Street, y nos sumergiremos en nuestro mundo de sudor y sangre, reencontrando nuestro querido barrio. Pero ante todo, reivindicamos la sociología de urgencia en su doble sentido de gravedad y de inmediatez. Nos interesamos a los hechos sociales graves, en la metrópoli de ahora, a la novedad social urbana.

Cultura de urgencia y “vínculos sociales de urgencia”

Donde sea que nazca y crezca y mientras viva, el ser humano es un ser social formado por los valores y las prácticas de una cultura y de los hábitos de un grupo. El aprende de los otros, sus contemporáneos, incluso la forma de morir. La familia, la escuela y el vecindario o comunidad, son entonces los mecanismos básicos de socialización. En la ausencia de ellos el ser humano reconstruirá otros.

Otro agente de socialización importante es el medio ambiente y en el caso que nos ocupa, el medio ambiente urbano. La información que un niño recibe en la ciudad, como para otros en el campo, la montaña o el desierto, lo prepara desde su nacimiento a la comprensión íntima del medio construido. Un niño de barrio sabe y conoce de lo urbano las cosas que solo él puede saber, ignorando otras que serían banales para un niño del Country Club.

⁵ Según la expresión del arquitecto Jean Nouvel, designando los innovadores en su profesión (entrevista en *Le Monde*, 19 de octubre de 1993).

Se podría hablar de una "pedagogía de la metrópoli" en el que el medio urbano es significativo, y su aparente desorden le enseña el carácter paradójico de la vida. Hoy día en la ausencia frecuente de una figura paterna estable, esta pedagogía se encarga de formar el joven habitante del barrio en la urgencia. Las bandas de adolescentes, que traen consigo el caos de la ciudad, siguen esta socialización. El barrio le da su espacio a las bandas y las bandas le dan su socialidad al barrio.

La metrópolis no es más que una acumulación de bases de acero, camiones viejos, puentes de autopistas, metros suspendidos, botellas vacías de cerveza, perros aplastados y una serie de anuncios publicitarios gigantes. Para que estos territorios tengan sentido, ellos deben estar *habitados*, a veces simplemente ocupados, otras veces verdaderamente conquistados, controlados, dominados.

En las metrópolis americanas, los gangs son los verdaderos garantizadores de la "producción social del territorio", o al menos de una amplia superficie del territorio. Son ellos los que hacen del espacio del barrio — de las calles, de las escaleras, de las casas, de las cloacas, de un terreno de basket — *un territorio*, es decir, un espacio en donde los actores tienen todavía un rol predominante en la producción. No como en el resto de la ciudad "planificada" en donde la producción social del espacio es completamente exógena y está confiada a los promotores exteriores de los lugares a urbanizar.

En los barrios los habitantes autoproducen su espacio y los gangs contribuyen a darle su sentido vernacular, es decir, inimitable. Esto se hace cada vez más claro en América Latina, en menor grado en EE.UU. no tanto en función de las bandas que sobre este plano son todavía más radicales que sus colegas de Venezuela, poniéndole a la producción simbólica del territorio, un nombre, un color, y unos ritos, sino en razón de los ghettos en sí, en los que la construcción extendida y repetitiva requiere de una identificación física. Mientras que en el barrio autoconstruido, la calle, la esquina, la escalera, la cancha, son lugares conocidos por cada una de las bandas. (Y. Pedrazzini, 1994).

"Los gangs tienen tendencia a funcionar como los Estados en lo que concierne a la colonización de los territorios"... "Los East Coast Crips son un ejemplo de estos gangs, cubriendo un territorio que va desde la primera calle en la parte baja de Los Angeles hasta la calle 25 de Habor City"... (Kody Scott, 1994)

Son estas prácticas comunes, estos valores y reglas compartidas, que vinculan a los hombres entre sí, que hacen que incluso en los medios aparentemente más ganados por la lucha por la sobrevivencia y el egoísmo, existan los *vínculos sociales* entre los individuos de la especie...

Lógicas de exclusión y paradoja de la vida violenta

Los problemas del vínculo social y de la exclusión están forzosa-mente vinculadas entre sí: cada una es el espejo de la otra y del conjunto, ellas plantean la cuestión del poder: ¿quién vincula y quién excluye?. El poder del Estado y de sus representantes es el que determina la forma que adquiere ese problema. Pero en respuesta a este poder, la cuestión del vínculo social es normalmente un problema de dominio del poder civil.

Los malandros, que ignoran al poder y a sus representantes, han comprendido desde ya la forma que hay que asumir para que un vínculo social vital subsista, y en el caso de la figura de un barrio y de una metrópoli desestructurada hasta el hueso, la esperanza de sobrevivir permanece vigente.

En cuanto a las bandas, ellas muestran sobretodo que el verdadero poder, pequeño, cotidiano y terrible es el que los adolescentes del Bronx llaman "juice", el poder que da la posesión de un revólver, el arma contra la pobreza. Se puede ver en los barrios de Caracas, cómo los jóvenes miembros de gangs, rechazan de legitimar la dominación que el Estado quisiera todavía imponer. Lo que se rechaza antes que nada, instintivamente, es el precio que los habitantes de barrio deben pagar para no ser finalmente los excluidos en el seno de una sociedad a la deriva hacia el "norte": la indiferencia.

Los sectores populares no son tan pobres como segregados, ellos evolucionan poco a poco, distanciados de la formalidad, mito fundador y destructor de la economía. Si se sigue hablando de marginalidad, de pobreza crítica, de miseria, tomando como base indicadores "occidentalizados", se puede renunciar a comprender la nueva cultura metropolitana latinoamericana.

Inclusive el término de *exclusión social* se presta a confusión. Si los habitantes de los barrios fueran verdaderos excluidos, ellos no lo serían a ese punto peligroso para los poderes oligárquicos excluyentes. Como los barrios son parte de Caracas, están incluidos en ella, son el corazón de su mercado, de su historia, y puesto que su gente son los verdaderos "hacedores" de la metrópoli, el poder se esfuerza hablando de ellos como barrios *marginales*.

Además, hablar de gangs en términos de exclusión permite solamente hablar de su exclusión, sin decir nada de su novedad, de su inventiva, de sus modelos culturales. Hay que abordar la cuestión de las bandas desde el punto de vista de la elaboración de nuevos modelos sociales, puesto que para ser víctimas de una exclusión, *deben haber formado parte*. Mientras que cuando se nace, se crece y se socializa *afuera*, la exclusión no es vivida, no hay sino exterioridad. Hablar en términos de exclusión en el caso de las bandas de Caracas, es una forma de recuperar a posteriori los excluidos y hacer la propaganda del sistema

excluyente: excluimos —es verdad— pero reinsertamos, incluso gastamos una gran cantidad de energía y dinero para eso!..

Pero si vemos las cosas desde un punto de vista "reinvertido" percibimos que la situación es diferente y peligrosa. Los gangs no se lamentan de su "exclusión", ellos elaboran, en el exterior y desde el exterior, nuevas leyes de trabajo, nuevos valores, un nuevo contrato social, un vínculo social nuevo, una solidaridad nueva y una cierta calidad de vida. No como se le entiende normalmente por supuesto, pero ¿quién ha dicho que esta norma estaba por encima de los hombres? Una vida violenta puede ser una vida *de cualidades*. Cualidades que no son nulas y que son incluso bastante numerosas.⁶

Vínculos étnicos y vínculos sociales

El sistema de referencia racional unívoco ya no permite prever y gobernar la metrópolis. Peor aún: hoy en día no es capaz de contar el fin de su propia historia. En el mejor de los casos puede adivinar el comienzo: hubo trampa sobre lo que estaba en juego. Haciendo creer que el orden del mundo era económico y no social, el poder ha hecho abandonar a los hombres las libertades que le habían permitido pasar de la horda a la sociedad civil (E. Enriquez, 1983) en provecho de una creencia liberal que los lleva poco a poco a la horda. Pero fuera de ese sistema, ¿son pertinentes los valores asociados a esa creencia? Los gangs no se equivocan sobre esta "falsa moneda": *"Un libro, el cine, incluso la televisión: todo eso no vale nada para ellos; no son sino cosas de blancos (...)* Cuando uno le pregunta lo que ellos quieren hacer más tarde, la respuesta es unánime: *dealer!(...)* Para ellos, *la droga es la única cosa que les da dinero, y les permite hacerse respetar(...)*. Para ellos, **juice**, es el verdadero poder... *¿Cómo quiere Usted, que en esas condiciones yo les inculque otros valores?...?*

¿Formar parte de un gang no sería una manera de ser un "cimarrón post-industrial" ^{8?} Sin que la variable étnica pueda ser considerada de la misma manera que en los EE. UU., en donde los negros son "afroamericanos" y no morenos, de todas formas nos parece prudente tenerla en consideración en Caracas, al igual que en cualquier gran metrópolis

⁶ Si admitimos de una parte, que no podría existir vida sin cualidades (en el sentido de Robert Musil) y de otra parte, que los modelos socioculturales y las ideologías que fundaron la vida urbana en el Siglo XVIII no están más hoy en día de acuerdo con la realidad de la metrópolis, ni socialmente, ni culturalmente, ni políticamente, ni incluso económicamente, no se hablaría de calidad de vida sin cuestionar la visión del mundo que sobrentiende el habitual contenido ideológico de esta noción, una noción de clase como lo son todas las nociones.

⁷ Entrevista de un educador de New York, in Serge Mart, *New York: les revolvers dans les cartables. Le Monde*, París, 21 de abril 1992.

⁸ El cimarrón, es el esclavo en fuga, evadido de la plantación, el que no ha sido jamás liberado pero que se ha emancipado a sí mismo (E. Gisant, 1990; Y. Pedrazzini, 1994)

latinoamericana. Si en efecto, no se puede hablar de racismo anti-negro en Venezuela, es evidente el racismo que hace la burguesía marginalizada, en relación con los habitantes de los barrios tomados globalmente, así como la radicalización de los jóvenes en los barrios en su afirmación de pertenencia al barrio (¿negro y popular?) contra esta burguesía (su gobierno, su policía, sus corruptos...) nos permite una comparación.

Las observaciones hechas sobre los gangs en New York y su radicalización violenta y "racial" (en el estilo del grupo de los raperos "Niggers With Attitude") son en su mayoría correspondientes mutatis-mutandis al estudio de las bandas de los barrios caraqueños, (al menos aquellos barrios con un alto porcentaje de morenos, quedaría por constatar en los barrios con alto porcentaje de latinos del sur y mezcla indígena). En EE.UU., los gangs de negros o de hispanos, (tal y como lo vemos en las películas recientes de directores afroamericanos), en oposición a los WASP —White Anglo-Saxons Protestants— (pilares del conservatismo republicano, desde Reagan hasta nuestros días), los *neighbourhoods* y el barrio de hispanos en Harlem o el Bronx frente a los habitantes de Manhattan, los barrios de San Agustín frente a los nuevos ricos del Parque Central en Caracas.

A la situación blanco-negro en EE.UU. corresponde la situación mundial norte-sur y la alta tecnología —cultura de urgencia. Las lógicas se oponen cada vez más, los puntos comunes desaparecen, las rivalidades se multiplican, de un mundo al otro las vías de comunicación no son sino paradójicas.

Trabajando la cuestión de la metropolización según el paradigma de las bandas, nos damos cuenta que estamos en presencia de la misma "lógica de exclusión" en Caracas o en New York y Los Angeles, incluso si el racismo es menos explícito en Venezuela (todos somos criollos) que en EE.UU. y en Europa. De hecho, el barrio en Caracas como la favela en Brasil, queda vinculada a "la idea del negro", la idea que uno se hace *del negro*, de la otra vivencia como una amenaza. Es un hecho a tomar en consideración cuando hablamos de socialización: incluso si vive en un barrio "consolidado", incluso si es un buen estudiante, incluso si viene de una familia "equilibrada", incluso si conoce a su padre y vive con él, el niño o el adolescente del barrio es siempre percibido como alguien virtualmente peligroso, como un criminal potencial, aprendiendo a vivir con esa imagen (*negro, delincuente, antisocial*), haciéndose progresivamente la idea que el corresponde realmente a esa imagen pública, de un mal educado si no es un blanco. Pero también aprende a odiar a los otros portadores de esta imagen prefabricada, a odiar a sus semejantes, los jóvenes de otros barrios, los miembros de otra banda, y a destruirlos.

Esta socialización a la exclusión y al rechazo de sí, podría explicar la actual autodestrucción de malandros, fenómeno que no se sabría

entender únicamente en términos de venganzas, de arreglo de cuentas, de abusos de droga y otras explicaciones “excluyentes”. Una vez más la sociología de la desviación, no nos sirve para explicar fenómenos que son del orden de la “reciprocidad”.

Reinserción, “reexclusión” (y vínculo social...)

La lógica de exclusión social de la Metrópolis y de la “Democracia desigual” se debe relacionar no sólo con aquella inversa del vínculo social, sino también con la lógica de “Reinserción improbable” que acompaña al sistema de represión destrucción de la Justicia democrática actual tanto en Estados Unidos como en Venezuela obligando al joven delincuente a una “reliance” social⁹ de *outsider*.

Por numerosas razones, resulta imposible que un adolescente que haya conocido la prisión no “caiga” de nuevo. A las más conocidas y elaboradas sobre la base de un cliché que vincula la moral burguesa a un fatalismo antiguo que desea que *uno no escape de su destino*, se agregan las siguientes:

— Lo desconocido que representaba el mundo de la prisión se ha desvelado y así el pequeño bandido no tiene más miedo de ir un día a la cárcel, puesto que ya la conoce. El se transformó en una persona diferente —desde el punto de vista práctico y no moral— ya conoció “las rejas”. El miedo de la prisión no funciona más como barrera. Además pudo constatar que puede salir, y esto más fácilmente cuando se es menor de edad.

— La libertad a la que el pudo soñar, no es la misma para todos en la sociedad liberal y en Venezuela como en EE.UU., y en todo el mundo ella decepciona los espíritus que el adolescente se había fabricado “dentro” de la prisión. El se decepciona particularmente de las posibilidades profesionales que se le ofrecen: vendedor de la calle, barrendero, ayudante de cocina, obrero de la construcción... todos aquellos trabajos mal pagados o despreciados. Lejos de la libertad que procuraba el dinero de la coca... La libertad no es finalmente tan atractiva si ella debe acompañarse de una normalización de esclavo.¹⁰

Así, la moral de la reinserción es una moral de pobre. Reinsertarse significa, objetivamente, morir de hambre, sudar para hacer miles de pequeños trabajitos duros y mal pagados, andar mal vestido, olvidarse de las cadenas de oro, carros, chicas, bares nocturnos y las líneas blancas también, que salen tan caras cuando no se venden. ¿Quién podría tener ganas de una vida tan miserable? Un retrasado mental o un esclavo. Esto

⁹ En el sentido que Mr. Bolle de Bal (1989) definía la *reliance social*.

¹⁰ En este sentido, leer con interés la novela negra y las memorias de romance de Edward Bunker (1991), bandido y escritor feroz.

es lo que se entiende en los ghettos y en los barrios. ¿Cómo hacerse respetar de verdad, siendo un obrero?¹¹...

Además la situación del criminal que sale de la cárcel, se reproduce a nivel internacional. El Norte, en cuestiones tan importantes como la droga, el medio ambiente, la deuda externa no hace sino proponer a los países del Sur una *reinserción* (social y económica) en el irritante nuevo orden mundial, inventado por los nuevos organismos internacionales y las nuevas leyes del mercado mundial... Pero esta *reinserción*, como la del delincuente, corresponde objetivamente a una actitud de sumisión de los países en "libertad controlada", a la humillación de poblaciones obligadas a aceptar las políticas de austeridad negociada por sus gobernantes y a la instalación eterna en la pobreza de la "inmensa minoría". Y el Norte no comprende que hoy en día las poblaciones del Sur plantean un rechazo total tanto a la explotación como a sus declaraciones de solidaridad.

Como los jóvenes negros del South Central rechazan violentamente la política blanca del Estado Americano, los malandros no tienen nada que ver con la ayuda humanitaria, de cooperación, de subvenciones. A pesar de saber muy bien de qué se trata y de cómo se podría utilizar.

Las bandas y la escuela de vida paradójica

El drama al que se enfrentan los nuevos malandros y bandas, es que a la inversa de sus mayores que fueron socializados en una época en la que los poseedores representaban más del 3% ó 4% que representan hoy en día, no están más en capacidad de dirigir sus energías sobre un objetivo exterior al barrio, y es fundamentalmente al interior del barrio que ellos deben expresar su deseo *de vida de prisa, de vida loca*, con los efectos y consecuencias violentas que sabemos.

En el estado actual del desorden metropolitano esta velocidad se transforma en precipitación, que es la velocidad menos el poder, la energía pura sin el control¹², y cada vez más mortal en la medida en que se encierra en un espacio reducido. Es la lógica paradójica de los gangs, de las bandas: son rápidos, pero su gran rapidez, como su inmenso poder, se inscribe en el espacio reducido del barrio, y como las abejas detrás del vidrio, se golpean contra barreras invisibles, y permanecen sin embargo "inmóviles". Van muy rápido (*de prisa de prisa...*) pero en realidad no se mueven, viven y mueren en su lugar. Vivir rápido sin moverse, es la primera gran paradoja del malandro y del pandillero.¹³

¹¹ Por no tomar en cuenta esta cuestión del respeto de sí mismo, y de la moral práctica de los gangs que generalmente fracasan los programas de educación para adultos y de *reinserción* destinados a los jóvenes pandilleros y a los gang-bangers.

¹² Ver sobre este punto: Y. Pedrazzini (1991)

¹³ Sobre esta doble problemática de la velocidad y de la paradoja, ver respectivamente: P. Virilio (1977) et Y. Barel (1982-1989)

Esta turbulenta inmovilidad es la que hace la calidad violenta y “sin salida” del vínculo social de urgencia que amarrando al adolescente, hace que él se desprenda de una cierta manera de la vida.

La segunda gran paradoja de las bandas es la que todos conocemos, dando siempre una respuesta diferente: la vida es mortal. Los malandros, los gangsters, los pandilleros sacan de este axioma una lección personal: puesto que el fin es el mismo para todos y que muertos todos somos iguales, es cuando estamos vivos que hay que jugarse su valor. Radicalmente.

Contrariamente a los “herederos” de la cultura dominante, los jóvenes adolescentes del barrio se confrontan desde muy temprano a la evidencia y al carácter indisoluble de su problema: alrededor de los quince años la mayoría de ellos han comprendido que su sobrevivencia económica —sin ni siquiera pensar en el “logro y éxito social”— se jugará en la calle, y no es en la escuela o en la industria. Esta certitud precoz hace que desde la niñez estén muy vinculados a las amistades no escolares, y que los vínculos así establecidos sean aquellos de la banda o de la esquina de la calle. El deporte (el baloncesto sobretodo, tanto en el barrio como en el ghetto en USA) permite reforzar sus vínculos esencialmente musculares y machistas. Los jóvenes de Caracas saben desde hace tiempo, que de todas formas creciendo en un barrio en estos tiempos de crisis, no será con la lectura de los grandes filósofos de la Antigüedad, ni con los tratados de física, que se protegerán de los malandros del frente o de los policías.¹⁴ Su situación es precaria, una realidad provisoria, dura, exigente, un saber construido, antes que nada, de reflejos y de trampas, de inteligencia y de velocidad de ejecución. De improvisación también. En un segundo el desarrollo de un largo y caluroso atardecer se puede transformar en una bola de fuego destructora: una banda enemiga llega por sorpresa, se cuentan los sobrevivientes y los cuerpos de los muertos se entregan a sus madres. De esta forma, la muerte de unos refuerza el vínculo entre los que quedan.

El niño y el adolescente en Europa y en EE.UU. (aparte de los ghettos) está fundamentalmente vinculado a la familia, después a sus compañeros de barrio y a sus camaradas de escuela. Desde los 7 años, es la escuela la que se convierte en el lugar principal de socialización y de socialidad.

Pero en Caracas la situación de urgencia obliga al sociólogo deseoso de analizar el vínculo social entre las bandas, a plantearse dos o tres cuestiones “eliminadoras”.

¹⁴ A pesar de que Nelson, jefe de los *Monstruos del Barrio Marín*, lea libros de filosofía y de historia política o novelas rusas traducidas al español.

Planteándonos saber con qué mundo y con cuál sociedad vamos a vincular el niño del barrio, e inversamente, qué universo social este niño buscará para vincularse, nos debemos preguntar:

1. — ¿Qué educación se le va a dar a un adolescente de doce años que puede ser abaleado saliendo de la escuela o que, para poder ir con ropas adecuadas y útiles necesarios, depende de los ingresos de un hermano *dealer*?

2. — ¿Cómo conciliar entonces, los principios "futuristas" de una enseñanza cualquiera (que debe preparar al niño para enfrentar su futuro) y la realidad violenta y totalmente aleatoria del presente?

3. — ¿Cuál es el interés de conocimientos técnicos incluso, prácticos y aplicados cuando la esperanza de vida —y por lo tanto la esperanza de poner en práctica sus conocimientos— es de menos de 20 años para un adolescente nacido en un barrio de Caracas?

¿Para qué sirve el saber y si sirviera, cuánto tiempo serviría?

De esta forma si no es el saber escolar el que fundamenta la socialización del niño del barrio, es el saber de la calle y de la metrópolis el que lo sustituye. Es por esto que nos resulta importante situar nuestra reflexión sobre la sociabilidad del gang en relación con la nueva "moral práctica" de la ciudad, la que la urgencia impone como moral y práctica paradójica.

Esta urgencia es evidentemente antes que nada una cuestión económica. Pero ella lo es desde hace mucho tiempo ya, y de una forma "definitiva" desde hace diez años, para haber superado este sólo aspecto financiero. Es evidente que a la vez *hay* y *no hay* dinero en el barrio. Es la paradoja y la calidad de vida violenta de las bandas. Contrariamente a la vida pobre de sus padres y de sus abuelos, que no eran sino unos sin dinero, la nueva generación de malandros tiene o no tiene dinero pero no es pobre, incluso sin dinero pues siempre queda el recurso de las armas del deporte, de la familia, de las amigas, del tráfico: "*Los Cocaina Kids* y muchos de los chamos que toman el relevo, caen en la ilegalidad porque encuentran beneficios: las ocasiones para surgir, posición y prestigio y beneficios que no podría esperar obtener en la economía legal. Para muchos de ellos es la economía real. No se hacen ilusiones sobre el dinero "fácil". Saben que el trabajo es duro y peligroso: "el dinero fácil no existe". (T Williams 1990, pp.212) "El dinero y las armas representan el beneficio inmediato de los chamos de la coca. Pero el deseo de mostrar a la familia y a los amigos que uno puede triunfar es una motivación muy fuerte: escalar en una carrera y hacer dinero en un mundo en donde las posibilidades de surgir son raras" (T Williams, 1990, pp. 30-31)

El vínculo social de urgencia es un vínculo paradójico: fundamentado sobre las actividades económicas, en las que el dinero es un accesorio.

Resulta falso por lo tanto, abordar la sociedad de los gangs desde un sólo punto de vista, sea económico, sea social, o peor todavía, el de la moral.

No se comprenderá nada de las motivaciones de los *pandilleros* de Caracas o de los *Kids* de New York, separando los campos de análisis: el tráfico es por ejemplo, tanto una actividad económica, cultural, como deportiva. Es también una afirmación de identidad, el dinero no es sino el soporte de una expresión de una personalidad, individual o colectiva, incluso en lo que concierne a la droga, es sobre el plan económico que hay que comprender las prácticas de los miembros de las bandas que trafican, esas prácticas son en el contexto de las sociedades capitalistas y liberales cuestiones de nivel de vida y de ascenso social. Existen los pobres y los ricos. Mientras la droga exista un poco en todas partes en el mundo, será el mejor o el sólo medio posible para un verdadero pobre, nacido en una familia pobre y viviendo en un barrio pobre, de volverse rico, formar una familia rica y vivir en una zona residencial, y que el medio utilizado no sea un puro fantasma sino que tenga de verdad sus pruebas. Habrá que olvidarse de las maneras clásicas, represivas o moralistas de enfrentar el problema. Y como el joven no puede aplicar este método si no ha abandonado cualquier esperanza de vivir en paz, este tipo de ascenso se hace y se termina normalmente de forma sangrienta.¹⁵

Casi todos los jóvenes del barrio viven así una vida violenta. Los valores y las prácticas de los malandros, acostumbrados desde temprana edad a un comportamiento agresivo y violento incluso en las relaciones familiares, de amistad o amorosas, constituyen una cultura "muscular", en donde la inteligencia es antes que nada "física". La trampa es un saber hacer del cuerpo y el pensamiento comando y determinar en primer lugar la velocidad de ejecución. Incluso en reposo, o aparentemente "cool" el malandro es tenso, en "acción". Las reglas y códigos de la *cultura malandra* están marcadas por ese apriori y principio de base: la vida es un ejercicio físico, que necesita velocidad y agilidad, rapidez de ejecución y de juicio de la situación. La vida entera se tiende hacia la acción esencial, primera, necesaria, de escapar a la muerte algunos años, algunos días tal vez. Esta cultura impondrá, pronto, un nuevo modelo de sociedad definido por la trampa, la sobrevivencia y la urgencia. En cuanto al vínculo social de urgencia, si bien se afirma finalmente en la violencia, nace antes que nada en el deporte. (Y. Pedrazzini, 1995).

Podemos preguntarnos con autoridad, si hoy en día (y algunos malandros entrevistados hablan en este sentido) morir joven y de manera violenta no está "legitimado" en los barrios, legitimado por la época, incluso extremadamente breve, de vida intensa y de poder total que precede esta muerte, desde el comienzo *anunciado* por el inconveniente fatal de haber

¹⁵ El ejemplo más famoso es el de Pablo Escobar, cuya historia envidiada por todos los pequeños criminales de Colombia, Venezuela y otras partes, terminó brutalmente el 3 de diciembre de 1993.

nacido en un barrio; legitimado antes que nada por la pertenencia a una banda, es decir el hecho de que la muerte de uno solo no significa la muerte de todos, sino por el contrario la consolidación de todo, por la suma de un nuevo episodio trágico de la historia colectiva. No existe ningún joven, entre los que van a figurar un día u otro en las páginas rojas, que piense seriamente conocer un destino diferente al de sus hermanos o sus amigos y enemigos más viejos. Pero ¿qué hacer cuando a los quince años las ganas de los *Nike* o *Reebok* (hoy en día *Timberland*) o simplemente de comer, son mayores que la crisis?

La escogencia que queda es la de las armas, y la de pertenecer a la banda más prestigiosa. Como la violencia es un medio para afirmar esta pertenencia valorizante, *"en la medida en que permanezcan la indiferencia a la muerte, el culto de la violencia y la ignorancia de las autoridades, — todos valores culturales — la solución de la violencia ofrecerá una alternativa ideal a la miseria"*. (M. Sauloy, 1984, p 223). Pero no tanto en razón del carácter violento de la violencia sino porque ella es radicalmente "reliante": no se podrá ir más allá con el otro, que matando un tercero...Y esto tanto en New York, Los Angeles, posiblemente París¹⁶, como en Caracas: *"Esos chamos han crecido antes de la edad, madurado antes de dejar la casa, inteligentes antes de ir a la escuela, rompedores de reglas antes de conocerlas incluso, y fuera de la ley después haberla conocido"* (T. Williams, 1990, 213).

Los jóvenes de bandas y gangs no se convertirán jamás a las virtudes de una pobreza honesta. Habrá que encontrar otras salidas, aun más cuando la *reliance original* no se hace más por el lado de la familia: para los varones nacidos en el barrio, la existencia del gang incide desde su nacimiento, más que la familia.

Igualmente hay que corregir muchas ideas recibidas sobre la personalidad de un miembro de banda. No se trata de un adicto en crisis, listo a todo con tal de encontrar una dosis. Por el contrario, la mayoría de los *jívaros*¹⁷ desprecian a los *adictos* que no vienen generalmente de los barrios, sino del centro de la ciudad o de los barrios residenciales "burgueses" para buscar su dosis: *"La mayoría de los adictos son a la vez traficantes y consumidores, lo que hace que la coca se utiliza como medio de intercambio, de preferencia al líquido. La llegada del crack ha modificado sin embargo esta forma de hacer, ya que la mayoría de los dealers, desprecian el crack; los pagos en líquidos se han hecho más corrientes"*. (T. Williams, 1990, p.28)

¹⁶ Para afirmarlo, tendríamos que dedicarnos a un estudio comparativo entre un barrio de Caracas y una cité del Seine Saint Denis, no para verificar la existencia de bandas en los suburbios parisinos, sino para comparar sus modelos y valores así como los proyectos que los animan. Es lo que esperamos hacer próximamente...

¹⁷ Nombre dado a los pequeños *dealers* del barrio, que venden droga en la calle

Hay que saber que para la mayoría de los jóvenes de los barrios pobres metropolitanos, un trabajo que paga es un trabajo ilegal, en parte o totalmente. Los trabajos legales ofrecidos a un malandro, a un joven negro de Harlem o de Crampton no paga. El tráfico de droga no es un trabajo fácil, pero se puede ganar muy bien la vida, al menos por un tiempo. Pero para ello, hay que estar en forma y no dañarse la salud...

El vínculo social de urgencia a juicio de la comunicación social

Como consecuencia de los disturbios de finales de abril de 1992 en Los Angeles, un investigador francés proponía un análisis mediático del evento. El constataba a través las imágenes de los disturbios que las *"redes humanas estaban desconectadas, dañadas"(...) No hay más portadores de palabra del pueblo, y menos aún auditorio*". (J.S. Bordreuil, 1992).

Por mucho tiempo, el saber y sus modos de propagación han sido el privilegio de la clase dominante, a veces del solo gobierno. Pero desde el momento en el que la pasión por la información en directo ha superado en las élites también el deseo de saber más sobre el evento, se hizo posible para los más desfavorecidos de "piratear" la información y el conocimiento (ejemplo: asesinos "locos" en los supermercados, secuestradores, pero también los *reality shows*, pornografía no profesional, etc.), —la comunidad improbable de aquellos que piensan que la televisión es el medio mágico de atarse al mundo y de atar entre ellas las piezas dispersas de su personalidad...—. Y lo que es posible para los más "débiles", lo es también evidentemente para los más fuertes, los gangs por ejemplo, capaces de grandes efectos de perturbación en el paisaje mediático, en busca de su *(re) conexión* inmediata al conjunto de la sociedad, quizás para plantear la declaración de la secesión. La cuestión se muestra hoy en día en términos de saber lo que vincula los gangs —considerados como "vanguardia de disturbios" por razones prácticas— al resto del "mundo". En otros términos, se trata de evaluar la densidad del vínculo social común, tomando como indicador los miembros aparentemente más desvinculados (¿o desconectados?) de la sociedad urbana, es decir los integrantes de las bandas, recordando que sus actos son actualmente mediatizados (en los EE.UU. especialmente). Así nace la nueva paradoja del gang: el hecho de formar parte del paisaje audiovisual occidental y el hecho (¿la necesidad?) ser también tan *poco visto*.

Ciertamente existe una desconexión entre los vínculos sociales y las "redes humanas", pero no se le puede comprender sino en función del remplazamiento de esos vínculos y redes por sus "dobles" mediatizados, sus imágenes. Los gangs son por otra parte los primeros en caer en la trampa de la mediatización, actuando el papel de los malos *gang-banger* para dar miedo a los blancos, como cuando Louis Armstrong "jugaba a músico negro" para divertirlos...

Para una gran parte el problema se encuentra en esta “desconexión”. No se sabe sin embargo *quién* se ha desconectado, si los integrantes de los gangs, las comunidades oprimidas o las clases dirigentes. ¿Son los miembros de los gangs los que se retiran de la sociedad civil o las élites que se ponen al abrigo, a distancia? ¿Quién, dicho de otra forma, opera la ruptura, quién rechaza el diálogo, quién abandona el terreno? No son los gangs quienes serán justamente pronto los únicos a ocuparlo, sino al contrario las élites políticas, culturales e industriales, los gobernantes, los dirigentes, que se escapan de la metrópolis, dejando los barrios populares podrirse, entre dos explosiones sociales autodestructivas. Unos, los pobres, los negros, los “marginales” se enfrentan mientras que *“la sociedad, despegándose más que nunca con las alas del asco y del miedo, irá a reconstruirse en otra parte, como siempre lo ha hecho, al abrigo de la ciudad y de su violencia; desertándola, si le queda suficiente espacio para hacerlo”*. (J. S. Bordreuil, 1992). Si el espacio no es suficiente en la metrópoli, se desplazarán llevando con ellos sus bienes, su dinero, sus empresas, al campo o a las ciudades medias con prestigio de tranquilidad.

Lo que está en juego es el restablecimiento de la comunicación entre la comunidad de los barrios y las élites, para que la primera no abandone la idea —y menos la esperanza— de hacerse entender por los segundos y que a la inversa las élites no tengan el pretexto de la violencia de los habitantes de los barrios, para no decirles más nada y no tener más que escucharlos.

La mediatización “blanca” de los disturbios negros expresa que: “son pillos, bárbaros, tenemos razón en rechazarlos, tenemos razón de escaparles, de golpearlos, de ponerlos en la cárcel, de condenarlos a muerte, porque son *unos salvajes*”. Y como no hay más líderes para personalizar y humanizar esta horda que revienta sobre las avenidas y supermercados, se afirma tranquilamente que no es un asunto de *personas humanas*.¹⁸

En esta situación conflictiva de las metrópolis americanas, numerosos observadores no han dudado en calificar la situación de guerra civil¹⁹, hay que hacerlo todo para evitar la *“ruptura brutal del vínculo social”* (J. S. Bordreuil, 1992)²⁰ es decir para que el barrio continúe siendo una comunidad, más que un espacio construido.

¹⁸ Uno de nuestros roles como sociólogos (y no como educadores de la calle, que es lo que no somos) consistirá en facilitar la palabra a los niños de la calle, los *malandro*s y a los miembros de gangs, y a la aparición de interlocutores posibles, tanto por parte de los decisores políticos como por la comunidad del barrio.

¹⁹ En Caracas, la semana de Noel, del 23 al 29 de diciembre de 1993, se cerró con un número de homicidios oficial de 104, para llegar a más de 150 el 3 de enero de 1994, cifras exyugoslavas...

²⁰ Impedir esta ruptura es posible, estimulando la participación de jóvenes “rebeldes” en el proceso de decisión comunitaria, vía la integración de los líderes, designados por ellos para colaborar con el grupo de trabajo responsable la puesta en práctica del programa de educación apropiada.

Uno de los medios para mantener el contacto, para operar una *ruptura integrada* de los *pandilleros* y otros *bad boys*, podría ser la incorporación de algunas personalidades del mundo informal como educadores apropiados en un programa alternativo, con el fin que los adolescentes sepan, antes que nada, que ellos son tomados en cuenta, reconocidos. Un modo de acción podría encontrarse partiendo de un "núcleo duro" de la sociabilidad del barrio, es decir no de las bandas que son la expresión no comunitaria, sino de los *homeboys* y de los *malandros* "vinculadores sociales naturales" del barrio, del cual conocen el lenguaje, la violencia y la solidaridad. Este modo de acción deseable consiste en hacer de ellos los agentes de cohesión interna del barrio. Las experiencias realizadas a partir del baloncesto en el barrio Marín de Caracas nos demuestra que esto es posible (E. Mota y Y. Ruiz, 1996). Es también el mejor medio posible, puesto que respeta fundamentalmente la persona del malandro y de los integrantes de bandas, considerándolos en tanto que tales, pero *considerándolos*. Además, lo que quieren justamente los miembros de bandas de adolescentes tanto en Caracas, como en Los Angeles o en New York, es que se les respete. En un mundo que los condena desde el nacimiento a vivir una pobreza que perdurará cincuenta años en la vergüenza y sin rebelarse, ese respeto no vendrá en el instante que por el dinero, el dinero de la droga, y la droga de una escogencia de armas las más mortales. *Learn respect- respétame*.

Imponer el respeto pasa también por una manera de ser muy física: en Caracas como en New York, la gorra de beisbol con los colores de uno de los equipos de las Grandes Ligas, o incluso la boina de lana negra, y ahora —frente a la banalización de los zapatos de deporte de marca— el llevar las botas desamarradas o las Timberland, así como un caminar arrastrando los pies con los brazos oscilantes (como un sobreviviente de polio) son algunos de los signos elementales destinados a marcar su pertenencia así como la radicalidad de esa escogencia de vida violenta, y los signos más visibles buscan imponer el respeto (es decir: el miedo). Uno es respetado si se hace respetar. Pero mostrar el respeto de su persona a los otros, más que por la moda pasa generalmente por la P-38. En el momento en el que los gangs lleguen a considerar que su palabra, sus ideas, sus proyectos, pueden ser también respetados como lo son sus armas o su fuerza física habitualmente, estaríamos en la evidencia de un progreso determinante. Si se llega a probar que el respeto puede ser también adquirido por el verbo —algo que ya se sabe— y por la acción comunitaria, la guerra civil entre los pobres podría detenerse y el curso autodestructor de la historia de los jóvenes en los barrios populares invertirse.

Entre los días del 30 de abril al 2 de mayo de 1993 se reunieron en Kansas City los representantes de aproximadamente 100 de los más importantes gangs de los Estados Unidos. La realización de esta "cumbre" fue motivada por "la preocupación de los jefes de gangs de darse una nueva imagen inspiradora de respeto". (Le Monde, 5 mayo 1993). Un nuevo episodio sin precedente en la guerra de las imágenes. Hoy en día mediatizadas en exceso, los hechos y los gestos de los gangs, se imponen en el paisaje audiovisual americano, tanto bajo la forma de ficción como de documental o debates; ¡en Caracas, los malandros sólo tienen derecho en las páginas rojas!

Pero también hay que reconocer, que tanto en Venezuela como en E.E.UU., es casi siempre por el lado de las armas, que los gangs "comunican". O al menos es ese "media" el más escuchado. Pero su potencial de comunicación y de expresión es mucho más vasto y diversificado. Sin embargo, incluso si los observadores se autorizan a considerar las bandas desde un punto de vista no militar, es raro que se vaya a admitir que los "delincuentes" puedan tener uso de la palabra y de una forma coherente. El modo de expresión autorizado de las bandas, es decir el admitido por los medios y los especialistas en ciencias sociales es el modo de expresión no verbal: los *graffitis*, los *tags*, los gestos de sordomudos, sus armas, sus "prometidas", sus motos, sus carros, su pinta, "look", signos de reconocimiento, ropas, zapatos, gorras de beisbol, tatuajes, cicatrices, corte de pelo, prendas, *walkman* y el *ghetto-blast*, son sólo algunos hechos culturales tomados en cuenta en la "comunicación" con los gangs (intercambios o enfrentamientos).

Admitamos también, cualquiera que sea el punto de vista moral sobre el asunto, que la droga es uno de los elementos centrales de la "cultura" del gang. Pero en general no se toma en cuenta la expresión verbal de los gangs, y principalmente su música, la que precisamente sirve de apoyo al vínculo social de urgencia. Si se hubiera sabido escuchar la *gangsta music*, el rap de Public Enemy o de los Niggers With Attitude, como la salsa de Willie Colón o de Ismael Rivera, muchas cosas habrían sido comprendidas hace mucho tiempo. En Estados Unidos, sobre todo la administración Reagan-Bush, habría posiblemente abordado diferentemente la "cuestión afroamericana" y a partir de allí la problemática de la segregación social y de la pobreza urbana que en los años 80 ha marcado un gran regreso. Y ¿quién más allá de la música ha escuchado realmente un malandro o un gang-banger, es decir lo ha dejado hablar, sin haberle querido meter el Código Penal en la cabeza?

Se continuará sin comprender la violencia de las metrópolis, si no se comprende nada de las *razones* y del imaginario (las mentiras, dicen los bien pensados...) de los malandros, los miembros de bandas y los niños

de la calle, que es la manera práctica y mitológica que ellos tienen de agarrarse al mundo, *de hacer y establecer el vínculo*.

El problema es que, si escogemos hacer suficiente confianza a los gangs para discutir con ellos las cuestiones políticas o de considerarlos como personas capaces de emitir ideas sensibles sobre los problemas de la Sociedad ²¹ se romperá la bella imagen de bestia feroz que la sociedad metropolitana, democrática y modernista ha decidido aplicarle a los miembros de bandas desde hace años. Y habrá que buscar entonces otro culpable a la desgracia de la civilización urbana y a la violencia de las metrópolis. (¿y quién nos dice que no se identificarán los verdaderos culpables?!).

Esto no quiere decir que se trate de mitificar "la acción de comunicación" de los gangs. Para muchos de los miembros de las bandas de Caracas o Los Angeles, se trata siempre de hacer dinero rápidamente manteniendo el poder en el barrio. Si ellos son comprendidos por la "sociedad", mejor para la sociedad. Si no, poco importa, no tanto por ellos que por ella. Y tampoco hay que "estirar" mucho el vínculo social, a la final *"¡se trata de gangs y no de comunidades hippie!*

La calidad de la vida violenta

La violencia de una ciudad no es necesariamente la violencia de sus habitantes, y menos aún la de una categoría particular de habitantes. Es un hecho del que son corresponsables, los grupos y las colectividades locales, la sociedad civil en su globalidad y el Estado (Gobierno, Poderes Públicos). En la práctica, es sobre un grupo minoritario —los "delincuentes"— que se focaliza la totalidad de esas responsabilidades. En la medida en que el aparato militar policial del Estado pueda legitimar su acción represiva por el mito del "complot antidemocrático de la chusma" y designar los culpables: los antisociales, los gansters y sus representantes tendrán las manos libres para ejecutar los chivos expiatorios de un vínculo social perdido. ²² Además, teniendo en cuenta el número de balas perdidas, el Estado está seguro de poder contar con el apoyo activo o pasivo de una parte de la población de los barrios más expuestos a la violencia de las bandas. Es gracias a este apoyo que la táctica de la represión sigue siendo posible. Beneficiándose de la fatiga de los habitantes directa o indirectamente víctimas de los gangs, la policía puede continuar operando en el interior de los barrios con un cierto grado de logro.

²¹ Ideas sensibles, y por lo tanto probablemente contradictorias, paradójicas, sobre una realidad que no lo es menos. Puesto que todo el mundo es paradójico, nadie tiene un solo sueño, solamente los obsesivos. Cada uno de nosotros tiene una serie de sueños y nada dice que ellos coinciden.

²² Ver Y. Pedrazzini y M. Sánchez R. (1992), Capítulo IV, pp.115 a 140.

Hasta tanto las bandas y el resto de la comunidad no reaccionen de una manera concertada, las víctimas continuarán siendo localizadas en las zonas populares. Estas violencias endógenas convienen al poder, para que uno no sospeche que ellas son —al menos en parte— "estimuladas"²³

Esta estrategia del Estado seguirá siendo válida en el tiempo, en la medida en que los gangs continúen peleándose entre ellos y a punir y reprimir en el interior de los barrios a New York, Los Angeles, o Caracas, es decir el tiempo que no hayan extendido el vínculo social al exterior de su gang. Puesto que para el Estado lo que está en juego está claro: o los gangs continúan destruyéndose en sus guerras clánicas de Señores de la Coca, o aprenden a hacerle frente conjunto a la Policía y a la Sociedad dominante (blanca y conservadora en Estados Unidos, burguesa criolla o multinacional y progresista en Venezuela) y la situación se haría insostenible. Sería normal alarmarse. Pero no nos alarmamos sino que lo que nos preocupa es el número de víctimas por venir en ese largo camino que va del paso de una democracia militar y urbana a la sociedad siguiente, posiblemente tribal y metropolitana. Pero, atención: no podrá en ningún momento tratarse de un regreso, y ese tribalismo (si admitimos el término) post industrial está delante de nosotros. Esta sociabilidad metropolitana conflictiva no podrá analizarse con la ayuda de un retrovisor. A la imagen de la vida de un malandro o de un *gang-banger*, es una precipitación hacia adelante la que conoce la sociedad urbana actualmente, y no un retroceso. El renovado "tribal" no marca para nada el comienzo de una nueva Edad Media sino más bien la reinención de un vínculo social comunitario, de *un lugar común* en la metrópoli dualizada y fragmentada.

La democracia directa del malandro

La *hiperreliance* de los gangs es en sí una crítica de la *macrodeliance* del Estado democrático, puesto que pone en evidencia la gran mentira política de las democracias desiguales como son la de EE.UU. y Venezuela, y en una menor medida Francia, España, Suiza... La igualdad está inscrita en la Ley pero no se le encuentra en los hechos. El gang muestra que esta ley no se aplica en la realidad, muestra también que los mitos fundadores de la sociedad capitalista liberal, como el trabajo asalariado, la educación para todos, la igualdad de derechos y de oportunidades, la propiedad de una vivienda individual, no funcionan más para la mayoría de la población de las metrópolis.

La "ganancia individualista" generalizada marca hoy en día una nueva etapa de la democracia. En Estados Unidos, el estilo *gangsta* (rap

²³ No hay sino que ver últimamente las "bajas" de los escuadrones de la policía en las favelas de Río, luego de las decisiones gubernamentales de ocupar militarmente —"proteger", dice el gobierno— los barrios más peligrosos. (Ver *Journal de Geneve*, 30 de septiembre de 1993. *Le Monde*, París, 29 Diciembre 1993).

y coca) parodia violentamente con la libre empresa y el logro capitalista. En Venezuela cada uno trabaja para sí en el vasto pillaje de la riqueza nacional que se ha vuelto el ejercicio de la representación política²⁴. En un tal contexto en donde todos los vínculos de solidaridad entre los ciudadanos parecen deshechos o a punto de deshacerse, la "delincuencia" del malandro asume un carácter social, puesto que ella no es sino parcialmente una acción individual y que ella beneficia ampliamente a la familia más o menos extendida del malandro y, de una manera o de otra, a una parte al menos del barrio

Tomando una cierta distancia, se puede adelantar la idea de que los eventos del 27 de Febrero²⁵ han marcado la irrupción histórica de los malandros en la escena política venezolana, no como militantes de un partido, sino como grupo de presión, quizás como "clase", cumpliendo con un rol de "reliance social". En efecto, más allá del carácter puramente de evento, podemos preguntarnos hoy en día si ellos no permitieron sobre todo imponer el malandro como figura clave del barrio y de la metrópolis. Fue en la ocasión del 27 de febrero que los malandros se afirmaron como héroes del barrio, gente de corazón que, si bien fueron los primeros en los saqueos, tomaron también el comando en la distribución de los productos robados. La mayoría tienen motos, y remplazaron desde el 27 de febrero al 5 de marzo, tanto el transporte público como las ambulancias. Las circunstancias descritas acá, fueron evidentemente excepcionales. Pero desde entonces, se asiste a una conquista por parte del malandro de un poder no político, que se podría calificar por analogía de "poder cotidiano", ejerciéndose fuera de partidos políticos, pero de manera efectiva, sobre los aspectos más diversos de la vida cotidiana. Una tal conquista de poder, en los barrios como en los parlamentos en el mundo, no se hace evidentemente sin luchas internas, negociaciones, acuerdos secretos, traiciones. Los métodos escogidos son simplemente más directos, más radicales, más definitivos, más violentos en los barrios que en los parlamentos. De todas formas, son hechos que inquietan a un Estado ampliamente ilegítimo a los ojos de la mayoría de la población.

Este cuestionamiento del poder, crítica social popular, está también presente en las prácticas cotidianas de los miembros de los gangs. Pero es igualmente en febrero de 1989 que apareció con mayor evidencia la diferencia entre malandros (integrados) y bandas de adolescentes ("en ruptura"). La forma en la que los gangs viven, sus horarios, los lugares que frecuentan, las relaciones con la familia, con su familia, la hora en la cual

²⁴ En 1992, el Presidente Carlos Andrés Pérez resistió dos tentativas de Golpe de Estado, antes de ser destituido en la primavera de 1994 por un asunto de corrupción y malversación.

²⁵ El 27 de Febrero y los días siguientes, Caracas conoció graves "problemas sociales", los disturbios sociales que respondían a la política de austeridad dictadas por el FMI, y la represión militar que dejó un saldo de unos 3.000 muertos.

ellos se levantan y se acuestan, participan de una crítica radical del modelo socio cultural urbano considerado como "normal"²⁶. Tomando sus distancias en relación a ese modelo normativo, se refuerza la cohesión del grupo. Como lo señala T. Williams, incluso el lenguaje de los gangs contribuye a ese comportamiento crítico: "*En ese mundo, el argot juega un rol de crítica social, con el objetivo de molestar y despistar a los "extranjeros", haciendo reír a los amigos. Es también un medio de escaparse a sus propias angustias ironizando sobre el acceso a la edad adulta(...). Sus palabras, inventadas o deformadas, expresan su vida infinitamente mejor que las nuestras, así lo señalan, y comprendida de forma musical su vida cotidiana*". (T.Williams, 1990, pp. 31)

Esto explica el porqué en EE.UU. los *rappers*, por ejemplo, han tenido tantos problemas con la censura de la administración republicana. Sus comunicados no llegan, sus comunicaciones son interrumpidas. Hay que decir que sus interlocutores potenciales hacen parte de la categoría de los peores sordos, aquellos que no quieren escuchar.

La vida cotidiana de los gangs es antes que nada el baloncesto. No hay juego más típico en el barrio que el *baloncesto* y el lugar más común a los jóvenes del barrio que la *cancha*, —le playground en los EE.UU.— el territorio de las bandas cuando están "en reposo", lo que hace que los gangs, sean más asociaciones deportivas, que asociaciones de malhechores. Y esto tiene menos que ver con su *look* y triunfo de la simbólica del *streetball*, promovido por *Nike* y *Adidas*, que por los fundamentos antropológicos del vínculo que los une y que es muchas veces lúdico.²⁷

Conclusión

En la actualidad, los gangs se sitúan en el centro del problema de la metropolización del mundo. Pero no son el centro. El centro del problema resulta ser la fragmentación de los espacios y de las sociedades modernas, problema general de las aglomeraciones cualesquiera que sean, pero los efectos se hacen particularmente más violentos en lo que se ha denominado "el Sur". La metrópoli de América Latina produce miedo al mundo, porque es cada vez más impensable de querer controlar su destino (Sánchez R. y Pedrazzini, 1993). Pero en vez de condenar esta urbanización irresponsable ¿no habría que, simplemente, constatar los límites del pensamiento racional aplicado a lo urbano?. Se trata de efectuar un "salto

²⁶ Hace algunos años habríamos dicho burgués.

²⁷ Este tema del deporte y del vínculo social en los gangs es el estudio de un trabajo en realización. Los primeros resultados de este estudio llevado a cabo en Caracas fueron presentados en Zurich en octubre de 1994 en el Petit Congrès de la Société Suisse de Sociologie "Sport y prácticas sociales", bajo el título de *Le 'nouveau contrat social' dans le panier de basket. Les fondements de l'antivandalisme primaire*. Ver también: Y. Pedrazzini, 1995. Y sobre la creación del campeonato de "basket de noche" a Chicago como alternativa a la guerra de los gangs: T. Bretagne, *A Chicago le basket de nuit contre les gangs*, in *Liberator*, París 12 de Noviembre de 1993.

teórico" (¿en el vacío?) con el fin de repensar nuestra relación con el espacio y nuestras relaciones sociales, profundamente desiguales. El vínculo social comunitario, esencial a los hombres de los dos hemisferios, está a punto de perderse en el occidente, puesto que se ha visto ya que "es el rechazo a la jerarquía lo que nos distingue de los animales"²⁸. Resulta evidentemente chocante de percibir que en Caracas o en Detroit, este vínculo ha sido en parte preservado, en la urgencia y en la vida violenta, por algunos de aquellos denominados antisociales, los menos socializados, los malandros, los miembros de gangs, el pueblo de niños y de adultos de la calle. Porque la submodernidad (Augé, 1992) transforma los habitantes en nómadas y los barrios en *no lugares*, el *genio del lugar* no será más que el de las bandas si ellas sobreviven a su propia violencia.

La metrópolis del Siglo XXI será gangsta o no será. No será forzosamente una vida de crimen, sino más bien una trampa permanente. La violencia es simplemente la irreductible paradoja de la vida mortal. Pero las consecuencias para los que deciden normalmente de nuestras vidas crueles son incalculables. La cultura "cultivada", convertida en un instrumento de dominación de las élites, deberá ser rápidamente inoperacional en un mundo en transformación, incluso si ella se cree la amante de esta transformación.

Las cosas serán probablemente peores en el futuro²⁹ y posiblemente lo que saben ya los gangs hoy en día de la sobrevivencia y de la solidaridad será de primera utilidad mañana, en la medida en que se pueda prejujgar de lo que el mañana será hecho.

¿Pero no sabremos ser menos metropolitanos, es decir menos paradójicos que las bandas, en el momento de confrontarnos a la sempiterna cuestión del qué hacer? Debemos por lo tanto, nosotros también, *hacer y no hacer* cualquier cosa por las bandas, es decir ayudarlos a reforzar sus vínculos de urgencia sin buscar impedir que ellos no lo rompan, puesto que se sabe ya que lo que se logra impedir son las cosas sin importancia, las cosas graves encuentran siempre una forma para realizarse.

Bibliografía

AUGÉ. (1992). *Non-lieux: introduction à une anthropologie de la surmodernité*, París, Seuil.

BAREL. (1982). *La marginalité sociale*, París, PUF.

²⁸ Según la fórmula de Michel Serres.

²⁹ Recientemente leímos esta terrible información. En Washington los niños de 11 años de edad redactan su testamento y preparan sus funerales. Qué pensar de una sociedad en donde los niños tienen una esperanza de vida menor que las personas de 50 años o más, y que se plantean vislumbrar seriamente su muerte, ejemplo tomado de su vecino y de sus hermanos mayores (D. L. Brown, The young and the fatalistic, in: *The Washington Post National Weekly Edition*, 8-14 noviembre 1993). Se recordará también de los "escolares asesinos" de Chicago en agosto 1994, otro cuento urbano ordinario.

- BAREL. (1989). *Le paradoxe et le système-essai sur le fantastique social*, Grenoble, PUG.
- BOLLE DE BAL. (1989). *La reliance ou la médiatisation du lien social: la dimension sociologique d'un concept charnière*. IN AISLF. *Les liens social-identités personnelles et solidarités collectives dans le monde contemporain*. Actes du XIII^{ème} Colloque de l' AISLF. Geneve, 29 agosto- 2 de septembre 1988. Textos reunidos y editados por W. Fisher & C. Frick, Université de Geneve.
- S. BRODEUIL. (1992). *Les ailes du dégoût: la télé-vision d'une émeute*, in : Libération, Paris, 20 mai.
- E. BUNKER. (1991). *Aucune bete aussi féroce*, Marseille, Editions Rivages.
- E. ENRIQUEZ. (1983). *De la horda a l'Etat*, Paris, NRF, Gallimard.
- E.GLISSANT. (1990). *Poétique de la Relation*. Paris. Gallimard.
- E. MOTA y Y. RUIZ. (1995). *Marin, san Agustín: del barrio de artistas al barrio sin ley?* Tesis de grado. Escuela de Artes, Facultad de Humanidades, Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Y. PEDRAZZINI. (1995). *Les gangs et le basket-ball dans les barrios de Caracas (Venezuela): un essai d'anthropologie métropolitaine*, in: *Revue Suisse de Sociologie* No. 95/3, Zurich, novembre.
- Y. PEDRAZZINI. (1994). *La métropolisation du Venezuela et les barrios de Caracas*, These de doctorat en Sciences. Lausanne. Departement d'Architecture, Ecole Polytechnique de Lausanne.
- Y. PEDRAZZINI et M.SANCHEZ R. (1995). *Bandes de Barrios de Caracas et Gangs des Ghetos Americains. Vie Violente et lien social d'urgence*. IN Sujet-Acteur et Societes en transformations. Actes du Colloque International de Sociologie. Perpignana. ARCI. Collection Etudes. Presse Universitaire de Perpignan.
- Y. PEDRAZZINI et M. SANCHEZ R. (1992). *Malandros, bandas y niños de la calle: la cultura de urgencia en la metrópolis latinoamericana*, Caracas, Vadel Hermanos Editores.
- PEDRAZZINI et M. SANCHEZ R. (1990). *Nuevas legitimidades y violencia social en Caracas*, in : *Nueva Sociedad* no. 108, Caracas, septembre-octobre.
- PEDRAZZINI et M. SANCHEZ R. (1989). *Cultura de urgencia: ultimas aventuras de lo urbano*, in *Dimension*, II Epoca, no. 5, Caracas, mai-juin.
- M.SANCHEZ R e YVES PEDRAZZINI. (1993). *Tiempos de Metròpoli*. IN Urbana No.13 especial *Tiempos de Metròpolis*. Instituto de Urbanismo.FAU-UCV.II semestre. Caracas.
- M. SANCHEZ R e YVES PEDRAZZINI. (1991). *Riesgos de perturbación en las relaciones sociales existentes en el barrio, como consecuencia de los procesos de rehabilitación*. Ponencia Central en el Congreso Internacional sobre la Rehabilitacion de los Barrios. CELARG. Caracas. 24-29 Noviembre.
- M. SAULOY. (1984). *Bogota jungle*. Paris, Editions Autrement.
- K. SCOTT. (1994). *Monster. Autobiographie d'un chef de gang de Los Angeles*. Paris. Editions Austral.
- P. VIRILIO. (1977). *Vitesse et Politique*. Paris, Galilée.
- L.J.D. WACQUANT. (1995). *Three Pernicious premises in the Study of the American Ghetto*. Department of Sociologie. Berkeley
- WILLENER. (1984). *L'Avenir instantané - mouvement des jeunes à Zurich*, Lausanne, Pierre-Marcel Favre.
- WILLIAMS. (1990). *Cocaine Kids*, Paris, Gallimard, coll. Au Vif du Sujet.